

Entrevista a Eduardo Zimmermann¹

Eduardo Zimmermann es Profesor Asociado y Director del Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés. Fue Vicerrector Académico (2001-2002) y Rector (2003-2008) de la Universidad. Se graduó como Abogado en la Universidad de Buenos Aires y obtuvo su Doctorado en Historia Moderna en la Universidad de Oxford. Es miembro de número de la Academia Nacional de la Historia y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia (Madrid, España), y la Academia Colombiana de Historia. Entre sus principales publicaciones se cuentan *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916* (Buenos Aires, 1995), en el que estudia la relación entre elites intelectuales, ciencias sociales y desarrollo de políticas estatales durante el proceso de modernización entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX: Ha compilado además *Judicial Institutions in Nineteenth-Century Latin America* (Londres, 1999), donde se examina el papel de abogados e instituciones judiciales en el proceso de construcción estatal en América Latina.



¿Cuál fue tu primer acercamiento a la historia?

Estudié abogacía y ya bastante avanzada la carrera, a través de un amigo, conocí a Ezequiel Gallo. Desde el primer acercamiento que tuvimos, a mí me interesó mucho ya que en ese momento

¹ La entrevista fue realizada por Andrea Matallana y transcripta por Damián Dolcera.

Ezequiel estaba muy metido en la lectura de los filósofos escoceses del siglo dieciocho y su vinculación con el pensamiento liberal clásico, algo que a mí también me interesaba. Empecé a leer, guiado un poco por Ezequiel, pero al mismo tiempo empecé a descubrir la profesión de historiador admirándolo a Ezequiel. No era algo que yo me había planteado. Así que fue un camino paralelo, por un lado el interés de lecturas comunes y su guía, y al mismo tiempo, el descubrimiento de la posibilidad de dedicarme a la historia, viéndolo a él. Ese fue mi primer paso.

Ezequiel dirigía un pequeño centro de investigaciones en ESEADE, y yo empecé a trabajar ahí. También conocí a Oscar Cornblit a través de Ezequiel, y así empezaron mis primeras exploraciones en la labor del historiador. Con hicimos algún trabajo sobre la historia de los sindicatos, yo empecé a ver cosas sobre el sindicalismo anarquista y después con Oscar empezamos a trabajar en algo que nunca terminamos, sobre la CGT y la Revolución Libertadora. Empezamos a buscar cosas sobre la prensa del período, pero nunca terminamos, no me acuerdo si después Oscar siguió y publicó algo sobre esto. Así que estos fueron mis primeros ensayos.

¿Te veías siendo abogado?

Cuando yo entré a la UBA a derecho, a la par entré a trabajar en estudios de abogados, hacía a la mañana las típicas rondas de tribunales, después trabajé también en una escribanía. Me gustó el derecho, no sufrí la carrera para nada, realmente me gustaba. Hay muchísimos abogados en mi familia, con lo que probablemente había expectativas de que terminara trabajando en un estudio. Cuando empiezo a descubrir este otro mundo que es, como te digo, paralelo no tanto a la profesión de historiador, sino de lectura sistemática sobre autores clásicos, comienza en mí la disyuntiva de si me gustaba más el derecho o esta otra cosa nueva, que todavía no tenía muy definida como “una carrera académica” en la historia. Empecé a participar en un seminario de historiografía, a discutir algunos borradores de lo que estaba haciendo con Oscar, Ezequiel, Francis Korn, y Alfredo Irigoin, que en ese momento hacía cosas de historia económica, y se empezó a definir más la cosa. Y en algún momento Ezequiel me comenzó a hablar sobre la posibilidad de ir a Ox-

ford, donde él había estado un buen tiempo, para hacer el doctorado. Me pareció que si iba a dedicarme a la historia, hacer el doctorado en Oxford parecía un buen paso para profesionalizarme.

¿Cómo fue el período de Oxford?

A través de Ezequiel hice el contacto con St. Anthony's, conseguí una beca, y partí. Fueron años muy productivos, que terminaron con la defensa de la tesis doctoral la misma semana que nació mi segunda hija, así que esa última semana en Oxford digamos que fue muy movida. Estuve un tiempo más porque había ganado una beca posdoctoral en Londres que duraba dos años pero al final del primer año me hizo una oferta San Andrés y decidí regresar.

Cuando me fui, tenía la idea de hacer algo sobre anarquismo y movimiento obrero que era lo que yo había empezado a trabajar acá. Y estando allá, mi director, que era Alan Angell, me sugirió que ya había mucha gente trabajando anarquismo y movimiento obrero, y que podía ser más original mirar el mismo problema del conflicto obrero a fines del siglo XIX, principios del XX, pero desde el lado de los grupos dirigentes liberales y conservadores, y ahí fui cambiando el tema de tesis. Esta investigación terminó siendo, años después, el libro *Los liberales reformistas*.

¿Cómo era la vida de estudiante en Oxford?

La vida de estudiante está muy marcada por las características del programa de posgrado, que está muy dedicada a la producción de una tesis. El trabajo se hace muy cercano a la figura del supervisor, que es quien arma, en cierto modo, el plan de estudio. Como yo venía de abogacía, y aunque ya había hecho dos o tres años de estudio al lado de Ezequiel, pero muy asistemático, tenía enormes lagunas de conocimiento histórico. Entonces, con mucho criterio, mi supervisor, me dio mucha libertad para que yo dedicara mi primer año y medio para completar mi formación en historia. Entonces una vez allí, te podés anotar y cursar lo que quieras, con quien quieras. Así que el primer año fue para dedicarme por entero para cursar cosas de historia europea, americana, metodología, filosofía política, que eran tópicos que también me interesaban.

¿Ese hilo de la escuela escocesa, del liberalismo, continuó para vos en tu pensamiento o en tu formación?

Sí, yo creo que continuaba y también se mezcló con esos estudios del anarquismo y el movimiento obrero, para ir conformando mi interés en estudiar esas experiencias del liberalismo reformista y el impacto de la cuestión social en la tradición liberal. También había tomado seminarios en Oxford con gente que hacía historia del pensamiento político liberal, por ejemplo, John Gray.

¿A qué se debe tu interés por la historia política?

Es una buena pregunta. Cuando terminé ese primer año y medio de cursos, hice la propuesta del plan de trabajo que tiene que ser defendida ante un pequeño comité. El que presidía ese comité era un historiador económico, que era en ese momento el titular de la cátedra de historia latinoamericana, Christopher Platt. Y me acuerdo que cuando él leyó el proyecto, me dijo “interesante, pero por qué mejor no hacer historia económica que es lo que realmente hace falta”. Y en esos momentos me di cuenta que no, que lo que quería era hacer una mezcla entre historia política e historia del pensamiento político, una historia de las ideas y la dimensión institucional en la que se encarnaban esas ideas. El porqué es difícil de determinar, supongo que algo tenía que ver mi formación en Derecho, lo que me volcaba más hacia ese tipo de acercamiento y además porque había mucha producción en esos años con esa idea de transformación del pensamiento político y de la acción dentro del liberalismo en Europa, en Estados Unidos, en Australia. Y me pareció que en Argentina eso no estaba muy instalado. Que teníamos como un gran salto de estos gobiernos, liberales conservadores, seguido por una especie de interludio radical, hasta que llegaba el peronismo y entonces recién ahí sí se producía una gran articulación entre Estado y movimiento obrero. Entonces pensé que había un tema que podía ser revisado con mayor atención.

Cuando definiste tu tema de tesis, volviste para buscar fuentes, ¿cómo hiciste tu trabajo de campo?

Sí, me volví siete meses para revisar archivos en 1989, en el medio de la hiperinflación. Trabajé bastante en el AGN y en la Biblioteca Nacional, todavía en la calle México. En esos días viví la experiencia más cercana de la hiperinflación: salías a tomar café en la esquina de la Biblioteca y en tres días seguidos tuve tres precios de café distintos. Y dije: esto debe ser una hiperinflación, sin saber mucho de cuándo uno entra técnicamente en hiperinflación. Así que sí, hice siete meses de archivo en la Biblioteca Nacional, AGN, otros lugares y ahí me volví a Oxford. También como parte de mi trabajo de búsqueda de fuentes en distintos momentos fui a revisar los archivos de Berlín, del Instituto Iberoamericano, y del Instituto Internacional de Historia Social, en Amsterdam.

En el año 1990, yo había enviado un trabajo a *La Nación*, para competir por el premio en el concurso anual en la categoría ensayo histórico. Era un escrito sobre las ideas constitucionales en Mitre y la reforma constitucional de 1860, nada que ver con lo que venía trabajando, pero fue algo que abrió un camino que retomaría años más tarde, la organización de la justicia federal en la Argentina. En ese momento, me presenté al ensayo de *La Nación* y gané el premio. Creo que eso ayudó a que la Universidad de San Andrés me hiciese la oferta para incorporarme, y en 1991 volví a la Argentina..

Los Liberales Reformistas es un libro indispensable.

Bueno, gracias. A mí me parece que abrió muchas discusiones a favor, en contra, pero abrió muchas discusiones, y yo me doy cuenta que hoy veo un montón de campos que los veía como pequeños pedacitos dentro del libro: las discusiones sobre criminología, sobre salud pública, vivienda, movimiento obrero. La idea de un momento de cambio producido por ese cruce entre las nuevas ciencias sociales, la economía social, el pensamiento político y las maneras de ver al Estado. Y todo eso me parece que se fue desplegando en un montón de agendas de investigación que han sido muy productivas en los últimos casi 20 años.

Creo que lo que hizo el libro fue, a través de sus capítulos, dar un puntapié inicial en distintas agendas de investigación, , sobre todas estas cuestiones que estaban ahí.

¿El concepto de “liberales reformistas” existe en la época o es una forma posterior de nombrarlos?

Existe en la época y una de las discusiones alrededor del libro era eso. ¿Qué es exactamente un liberalismo reformista? La discusión acerca de que no todos eran exactamente reformistas, que no todos eran exactamente liberales, todo eso es cierto, pasa que como cualquier título que uno pone, abarca más de lo que estrictamente uno puede defender o justificar. Pero la idea integra un entrecruzamiento de corrientes que venían del liberalismo y que sentían que había que superar el viejo liberalismo individualista y hacer un papel más activo para el Estado en los problemas sociales, sin perder los principios básicos del liberalismo; y por el otro lado, las corrientes del socialismo que abandonaban sus aspiraciones revolucionarias más radicalizadas y adoptaban posiciones reformistas que los ponían cerca de esta corriente. Eso estaba ahí y la gente veía que había un momento en que estas dos corrientes se entrecruzaban y que era una nueva manera de acercarse a los problemas sociales, o sea que más allá de la justicia con que ese término englobó a toda esa gente, ese espíritu estaba ahí en los propios actores, uno lo puede leer en las fuentes claramente.

Hay una cantidad de temas de investigación que desplegas posteriormente: los temas sobre la burocracia, las instituciones, el Estado, la judicialización, que son temas que eran poco tratados...

Es una mezcla de seguir intuiciones de cosas que parecen interesantes y zambullirte y empezar a descubrir cosas. Uno nunca descubre cosas totalmente nuevas. Por supuesto hay gente que ya ha estado haciendo cosas y es cuestión de descubrirlas. Una de las cosas que me interesó de las discusiones sobre el clima reformista era explorar también discusiones sobre el lado institucional, la estructura política que no funcionaba, los debates sobre el federalismo o el presidencialismo tan fuertes a principios de siglo XX. Como bien apuntó Darío Roldán en el libro sobre la *Revista Argentina de Ciencia Política*, los debates sobre el gobierno representativo iban mucho más allá de la solución de la cuestión electoral a la que se orientó la Ley Sáenz Peña. Entonces, metiéndome en esos debates sobre el federalismo descubro las discusiones alrededor del funcionamien-

to del sistema en la Argentina. Me interesa y lo conecto con lo que había hecho antes sobre Mitre y el pensamiento constitucional. Estudiar la construcción de la justicia federal en la Argentina fue como una puerta de entrada al proceso de construcción del estado en general, y sobre eso fui avanzando gradualmente cada vez más.

Más recientemente me dediqué a analizar la evolución de la circulación de ciertas doctrinas jurídicas y su contacto con el debate sobre el estado. Por ejemplo, el impacto del administrativismo en el proceso de desplazamiento del constitucionalismo liberal en la Argentina. Tratar de pensar cómo se cruza eso con los debates políticos. Cómo esto impacta también en la manera de ver al Estado. Parecidas preocupaciones a las que tocaba más brevemente en *Los Liberales Reformistas*.

Hay una cierta actualidad en los temas que tocás.

Claramente en todas nuestras preguntas, algunas inquietudes del presente te están empujando a mirar para atrás. Y después hay que saber entenderlas en sus propios términos. Pero es cierto que hay ciertas vinculaciones en las preguntas muy generales sobre por qué la Argentina es como es y por qué el Estado en la Argentina es como es.

¿Cómo fue tu vuelta a Argentina?

Volví a Argentina con esa primera oferta de San Andrés sintiéndome muy afortunado porque era un proyecto que me daba la posibilidad de dedicarme a la docencia y a la investigación full time. No estaba en CONICET y no hice carrera allí, y la Universidad fue la que me permitió dedicarme de lleno a la investigación. Aparece una segunda etapa con el correr de los años que es la de combinar eso con entrar en participar en la gestión de la Universidad.

A veces hay una suerte de prejuicio acerca de que las personas que provienen de disciplinas no económicas no están capacitadas para hacer gestión. ¿Cómo fue tu experiencia en la gestión?

Bueno, yo no sé si fui exitoso pero me interesó y lo disfruté mucho. A mí me gusta mucho el proyecto de San Andrés. Hacer algo nuevo en la educación superior, en una institución privada. De fomentar al mismo tiempo la combinación de un modelo particular de enseñanza universitaria con la idea de tener un claustro de investigadores bien formados y que puedan producir conocimiento. Eso me parece un proyecto muy lindo y como parte de la vida en esta institución, me fue llamando la idea de participar en la gestión y la dirección del mismo. Primero fui Director del Departamento de Humanidades, después fui Vicerrector y fui Rector entre 2002 y 2008. Aprendí muchísimo sobre las capacidades que hacen falta, y sobre mis propias limitaciones, pero estuve rodeado por gente muy capaz y comprometida con el proyecto que hicieron más fácil la experiencia de esa gestión.

Fue muy interesante, me gustó mucho y sigo estando muy vinculado a esta parte también, pero obviamente tuvo un impacto en demorar la producción de investigación. Cuando uno se mete en ese camino, esas cosas hacen postergar lo otro. Entonces hay que aceptar que uno demora o posterga y maneja con otro ritmo la investigación. Ahora, yo no tenía la intención de dedicarme a la gestión por siempre. Así que estoy muy contento de haber sido parte de una experiencia que ahora la puedo seguir llevando a un nivel de menos compromiso, porque la dirección de un departamento más chico no es el rectorado de la universidad, y esto me ha permitido retomar la investigación con mayores posibilidades. Pero fue una experiencia muy buena, que tuvo también como compensación el ser parte de un proceso de construcción institucional.

Me gustaría que hables un poco sobre este proyecto de investigación sobre los Saberes y las Prácticas del Estado...

Sí, salieron dos libros sobre los saberes del Estado y las prácticas del Estado que es algo con lo que hemos estado trabajando con Mariano Plotkin en los últimos años que, en cierto modo, también tenía que ver, nuevamente, con los liberales reformistas. El objetivo fue explorar de qué manera disciplinas específicas fueron dándole forma al Estado en Argentina, lo que nos permite tratar de testear la hipótesis por la cual cambios en el Estado no vinieron sólo acompañados por grandes procesos de cambio político, como en la década del '30, los gobiernos conservadores o

el peronismo, sino que esos cambios se producen en un contexto en el que ciertas disciplinas ya habían marcado una agenda de transformación. Nos interesaba analizar esos procesos. Me sigue interesando ver eso y estoy trabajando también en un libro sobre derecho y política en la argentina, con el objetivo de estudiar de qué manera el conocimiento jurídico fue dándole forma a ciertos procesos políticos.

Esos libros tienen la particularidad de que son compilaciones.

Sí, me dieron la posibilidad de aprender muchísimo también. Es interesantísimo escuchar a alguien que viene hace un tiempo investigando a los urbanistas, a los criminólogos, o a los estadígrafos. Así que eso es una especie de mosaico, un equipo para estudiar sistemáticamente eso.

¿Hay algún libro o algún autor que te haya marcado o no hayas podido olvidar a lo largo del tiempo?

Hay un libro relativamente reciente de un historiador americano, Daniel Rodgers, que me gustó mucho. El libro se llama *Atlantic Crossings* y es un libro sobre la manera en que la circulación de ideas y de individuos entre Europa y los Estados Unidos produjo un cambio en las políticas sociales norteamericanas y se vincula con estas últimas cosas de los saberes del Estado y las prácticas del Estado, de las que veníamos hablando, incorporando una perspectiva transnacional, porque habla de cómo las redes internacionales de conocimiento brindan contenidos y también legitiman a las iniciativas de los grupos reformistas.

¿Cómo ves el campo de la historia para aquellos que recién comienzan en la profesión?

Quiero meter esta respuesta en una reflexión general sobre la educación superior en Argentina. Hay una vinculación muy estrecha entre el proceso educativo y la profesionalización de la profesión, cosa que en otros países está más separado. Nosotros estamos acostumbrados a ver el estudio de la historia como el primer paso de la formación del historiador profesional y nos olvidamos que el estudio de la historia puede ser una magnífica oportunidad para educarse independientemente de dónde termina uno después en su carrera profesional. Eso está muy perdido en Argentina. Por un lado tenemos buenísima formación de grado en historia, en universidades pú-

blicas y privadas, y una especie de embudo que se va volviendo muy complicado para la carrera posterior. Pero está menos explorada la idea de que uno puede estudiar historia y después dedicarse a otra cosa. Es una gran carrera para formarse intelectualmente, para aprender a mirar el mundo de una manera distinta a la de otras disciplinas y yo creo que es muy bueno también fomentar eso. Decirle a los estudiantes que salen de los colegios “Mirá, esta es una gran carrera. Si el día de mañana no te dedicás a la historia, de todos modos esto te va a dar herramientas para pensar el mundo que te van a ayudar”. Alguien que ha estudiado historia puede ser un muy buen profesional en otras actividades. Esa es una de las cosas que a mí me interesó de San Andrés, tratar de fomentar un tipo de educación universitaria generalista, que no debe querer decir que formamos estudiantes que después no hacen nada en la vida profesional. Pueden ser historiadores, pero también destacarse en otras áreas. Yo estoy convencido en que el historiador en la carrera desarrolla una serie de habilidades, juicio crítico y capacidad analítica que en muchas otras carreras profesionales van a ser muy apreciados, pero son caminos que aun no se han explotado.

¿Vos creés que los alumnos de historia tienen demasiada presión al salir al mercado laboral? ¿No está demasiado establecido el camino que tiene que seguir un estudiante para dedicarse a la investigación? ¿Esto no va en contra del disfrute de la profesión?

Seguramente hay cosas que tienen que ver con la vocación e inquietudes personales. También hay un factor que es de suerte y es la posibilidad de encontrarte con alguien que te instruya y te muestre un camino. Ha habido procesos de profesionalización fuerte en las ciencias sociales, en las humanidades en la Argentina y ese proceso marca el *cursum honorum* que hay que hacer, pero también hay caminos alternativos. Es una carrera muy vocacional, vos tenés que tener algo adentro que te empuje a eso, el disfrute de descubrir un tema y disfrutar el trabajo en los archivos, eso claramente es un rasgo vocacional, va más allá de la rigidez institucional, que le marca a uno el camino.